

MARTA CIBELINA

# *La duquesa salvaje*

María Luisa y María Teresa de Borbón,  
hermanas y rivales en la corte de Godoy

la esfera  de los libros

«Soy de Godoy, no temo nada».  
«Vale más sonrisa de Godoy que promesa de Carlos IV».

*De palacio en palacio,  
declaración de intenciones*

Por MARTA CIBELINA

Cuando supe que tenía que escribir este libro, decidí visitar uno por uno todos los lugares que habían tenido algo que ver con mi protagonista.

Ella nació en Velada, en el palacio de los condes de Altamira, pero se trasladó con el resto de su familia muy pronto a Arenas de San Pedro, donde don Luis, su padre, construyó un palacio inacabado en el que los fantasmas se mueven a sus anchas.

Según me ha contado una persona que trabaja allí, es en verano cuando el lugar, gracias a las visitas de los turistas japoneses, se carga de más energía. He de confesar que, a pesar de haberlo visitado en el mes de mayo, escuché unos ruidos extraños mientras contemplaba un cuadro y me preguntaba: «¿Qué pintaba don Luis tan cerca de Gredos y tan lejos de la corte?». Muy pronto se dio cuenta de que no servía para ser cura. Le gustaban demasiado las mujeres. Y era un hombre de conciencia. Le parecía muy feo seguir siendo sacerdote y pecar como un seglar. La única forma de evitar el pecado era casarse. Era ver el escote

de una mujer y perder la cabeza. Visitaba, acompañado de Paret, su pintor de cámara, los prostíbulos del alto de San Blas en Madrid, y acabó teniendo tres hijos ilegítimos y una sífilis galopante, de la que tardó en curarse. Según relató la guía del palacio, Carlos III hizo correr la voz de las desdichas genitales de su hermano entre todas las cortes europeas, con lo cual le sería muy difícil encontrar una mujer digna de su nivel, y, además, en principio, se negaba a darle permiso para contraer matrimonio.

Terminó otorgándose, siempre que lo hiciera con una dama de origen desigual. Las condiciones que impuso fueron durísimas. Se sacó de la puñeta la pragmática sanción que fundamentalmente señalaba que ningún infante real podría casarse sin permiso del rey o perdería los derechos sucesorios. Si el matrimonio fuera con persona desigual, tanto esta como sus descendientes quedarían privados de los títulos, honores y prerrogativas que le conceden las leyes del reino a los infantes y a los consortes principescos. Y tampoco podrían utilizar los apellidos y armas de la casa, de cuya sucesión quedarían excluidos.

Tras crear esta ley —que jamás ha sido derogada—, Carlos III dio permiso a casarse a su hermano con quien le placiera y él aprobara, pero bajo unas férreas estipulaciones añadidas: que el matrimonio debería vivir a no menos de veinte leguas de la corte, a la que don Luis podría acercarse, pero sin su familia. Que su amado hermano solo podría utilizar el título de conde de Chinchón —no el de infante de España—, y los hijos que tuviera el matrimonio no podrían usar el apellido Borbón en primer lugar, sino únicamente el materno, como si fueran hijos de soltera.

¿Quién estaba dispuesta a tragar con todos estos condicionantes? Una mujer bellísima, aragonesa, que según me ha contado el señor fuertote que custodia el palacio y al que los fantas-

mas no le asustan, se pasea por sus salas vestida con camisón blanco. No es una niña, pero lo parece. El custodio del palacio me pidió que no contara esto bajo ningún concepto, aunque cometió el error de recomendarme el único sitio donde se come mal de todo Arenas de San Pedro.

Las chuletas cochifritas que almorcé en el restaurante donde me metieron una soberana clavada eran del siglo xiv, y por eso no me siento culpable si os describo lo que mostraba una foto que me enseñó el portero del palacio. Una desconocida está de espaldas y se la ve asomada al balcón, contemplando ensimismada la sierra de Gredos. Sorprende su bella cabellera, negra y rizada; va vestida con una camisa de noche con manga de hombre, presumiblemente abierta en el pecho. Mi marido dice que es un Photoshop como la copa de un pino o una foto de un catálogo de camiones de Bershka, pero yo creo que es la madre de nuestra protagonista, María Teresa de Vallabriga y Rozas, emparentada con el duque de Berwick, porque ese pelo, esa mata de pelo es el signo más distintivo de una mujer a la que pintó Goya en un cuadro en el que en Arenas hay una copia mala. El original se expone en un museo en la provincia italiana de Parma.

Pero, como en las películas americanas, esto es una novela, y a partir de ahora habrá cosas que estarán basadas en hechos reales sobre los cuales me permitiré todo tipo de licencias imaginativas. Y de cuando en cuando interrumpiré el relato, porque confío en que, como a San Isidro, el cielo me ayude de alguna forma.

Ya que no tengo ningún terreno cerca para que me lo aren los bueyes como al patrón de Madrid, no estaría de más que le den permiso a mi protagonista, que seguro que está en el cielo, para que me ayude. Espero y confío en que escriba por mí desde el ordenador.

Pienso contaros todos los extraordinarios prodigios que me han ocurrido y algunas anécdotas de lo más curiosas mientras redacto este libro. Algunos son rigurosamente ciertos; otros, ignoro si son o no producto de mi imaginación, porque duermo muchas siestas en las que los sueños se confunden con la realidad.

Hay un largo camino por recorrer en la familia vinculada a esta mujer. Porque hay muchas sinvergonzonerías, muchos emponzoñados rumores, mucha tela que cortar sobre la vida de los coetáneos de María Luisa de Borbón y Vallabriga, duquesa de San Fernando. El libro está basado en personajes y hechos reales, pero tras comprobar muchos errores históricos sobre esta peculiar familia, algunos respaldados por importantes instituciones, he decidido contar mi versión de los hechos, dejando también que el espíritu de los que no están me ilumine a través de María Luisa.

*Mi papá cura don Luis  
y el cabrón de mi tío Carlos III*

Por MARÍA LUISA DE BORBÓN Y VALLABRIGA

**I**sidra, una de nuestras amas, tiene familia gallega, y cuando era muy pequeña me decía que los que descienden de un cura tienen una especie de *meigallo* y también la posibilidad de adivinar el futuro. Y yo creo que es así. Lo mismo le pasaba a Paco Goya. En el retrato que le hizo a mi hermana María Teresa se la veía infeliz, acariciándose la panza de embarazada con unas manos que le pintó horrorosas, unas manos de cerdo blanco, casi tan feas como las del rey Enrique VIII en su famoso retrato, el hombre que arruinó la existencia de Catalina de Aragón, la hermana de una antepasada directa mía.

El antiguo, el genuino, el auténtico, el español, es el puerco de pata negra que cazaba por los encinares de Segovia y jodió la vida de mi familia hace ya muchos años, el rey Carlos III, conocido como el mejor alcalde de Madrid y glorificado como un hombre sensato y razonable. No era ni mucho menos lo que se pensaba de él. Pero de esto ya os iréis enterando.

Mi hermana, en el cuadro de Goya, por mucho que lo describan como la imagen de la tierna candidez espiritual y otras gazmoñadas, tiene cara de miedo, y está absorta, perdida, esperando que pase lo peor.

Cuando me enseñó la pintura por primera vez, sentí una pena infinita: «Teresita, no sufras demasiado», le dije. Quería creer que, a pesar del sacrificio que había hecho, podría llegar a ser feliz algún día si dejaba de abandonarse a sus ensoñaciones.

Lleva en uno de sus deditos —o dedazos— el anillo de Manuel Godoy, su marido, en los tiempos en los que aún era el hombre más guapo del mundo. Rubio, de ojos claros, con unas piernas perfectas y un bulto nada misterioso que se adivinaba debajo de su chupa. Hasta yo sentí celos de ella cuando María Luisa, su amante, la reina, la mujer de mi primo Carlos IV, la eligió para casarse con él.

Sin embargo, yo no iba a ser tan desafortunada como mi hermana. Y Goya lo notó, no dejó el cuadro a medias, espantado ante tanta infelicidad y miedo. El retrato de mi hermana emana tristeza. Yo, en cambio, a pesar de que Goya no tuvo piedad de mi mentón puntiagudo con un cuadro que pintó en el año 1800, desprendo luz.

Mis ojos tienen una gracia pizpireta, la nariz sensual, soy alta y delgada como mi madre, y tengo un empaque que no lo tenía mi pobre hermanita. Tengo ganas de gozar de la vida, y bien sabe Dios que la gocé bien. Me casé a punto de cumplir los treinta y cuatro años, y cuando los envidiosos suponían que me había quedado ya definitivamente para vestir santos, pero yo tenía mis secretos, y eran muchos. Que para el goce de la carne no añaden nada los blasones. Y eso lo sabía muy bien mi padre, el infante don Luis, quien quiso incluso casarse con criadas y hasta con putas. Una se llamaba Mariquilla y otra Antoñita, y les escribía las cartas de amor más bonitas que ha escrito nunca ningún Borbón

a mujer alguna. El problema es que era cura, mejor dicho, cardenal arzobispo de Toledo desde los ocho añitos de edad. Se hizo con él lo que se hace con todos los segundones de la realeza.

Mi padre era el sexto hijo de Felipe V y su mujer, Isabel de Farnesio. Con una esposa anterior mi abuelo tuvo cuatro: dos Felipes que murieron siendo muy niños, uno de ellos a los pocos días de nacer, y otro algo más mayorcito. Los otros dos fueron reyes, Luis I y Fernando VI.

Mi abuelita, Isabel de Farnesio, toda una leona, de quien se contaba en la corte que pudo haber matado a su hijastro Luis I con una camisa impregnada con unto del cadáver de un hombre muerto por viruelas, soñaba con encumbrar al trono a su hijo Carlos el narigudo. Carlos era el varón mayor de los seis hijos que tuvo con mi abuelo, y se convertiría en rey si tenía la suerte de que Fernando VI muriera. Y Fernando VI murió, tan rematadamente loco como mi abuelo Felipe V, cuidado hasta el último momento por mi papá, que le daba los partes al minuto de todo lo que ocurría en el palacio de Villaviciosa de Odón a la abuelita Isabel, que Dios tenga en su gloria.

Mi abuela tenía muy claro que el infante don Luis, mi padre, no iba a ser rey, y por eso decidió meterlo a cura siendo muy niño. Y con cura me refiero a cardenal presbítero de Santa María della Scala, y arzobispo de Toledo y Sevilla.

El Papa, así con mayúsculas, debía muchos favores a España y por eso permitió que mi papá se hiciera con el capelo y las mitras con solo ocho añitos.

¿Qué ocurrió entonces? Que los niños crecen, y que Carlos, el queridísimo de mi abuela, tuvo que conformarse de buen grado con el reinado de Nápoles, y sus hijos nacieron todos italianos. Según la Ley de Sucesión sancionada en tiempos de Felipe V, ningún hijo suyo podría tener derecho a ocupar el trono por ha-

ber nacido fuera de España. Aunque él, tras hacerse con la Corona española al morir su hermano Fernando, se pasó por el foro de la chupa esta ley y nombró inmediatamente Príncipe de Asturias a su hijo Carlos, de once años de edad.

Sabía mi tío Carlos de sobra que el único que tenía derecho a heredarle era mi padre o, en su defecto, su legítima descendencia, en el caso de que dejase los hábitos y tuviera hijos. Y la cuestión es que finalmente los tuvo. Le pidió permiso a su hermano para casarse porque le gustaban mucho las mujeres. Y aquí empieza la desgraciada historia de mi familia, que ya mi madre dejó escrita en un pequeño bosquejo de sus memorias en un baúl lleno de enaguas que formaba parte de su herencia y que tardé en recuperar.

Recuerdo que cuando me refugié con ella en Palma de Mallorca, en plena invasión napoleónica, le dije que quería saber la verdad. Todo el mundo rumoreaba que mi madre había sido una esposa malvada que pegaba a su marido, un pobre y desgraciado infeliz a quien había sido infiel.

Hasta se cantaban coplillas en Arenas de San Pedro. Un día se lo pregunté a Isidra, testigo de lo que ocurrió en nuestro hogar, y se echó a llorar. Solo me dijo que mi madre, la mujer más bella de su época, la primera que dejó de echarse polvos de arroz en el pelo y se dejó retratar en *negligé* mientras despeinaban su bellísima melena, tenía mucho carácter. ¿Cómo aquella criatura de ojos grandes y redondos como ventanas a la noche iba a ser capaz de hacer aquello?

Recuerdo que, durante la guerra de la Independencia, en Palma de Mallorca, cosiendo junto a un balcón del palacio arzobispal, planteé la pregunta con absoluta dureza, la de una hija que ha idealizado a su padre muerto y que no tuvo apenas trato con una madre distante y fría.

—Mamá, hay algo que quiero saber: ¿es cierto que tratabas a mi padre peor que a un perro?

—¿Cómo te atreves a decirme algo semejante? Jamás pensé que podría hablar con una hija mía en estos términos.

—Solo quiero saber toda la verdad. Papá murió cuando yo era muy pequeña, y apenas lo recuerdo, pero quiero saber si es verdad que lo sacudías como a una vieja bayeta.

Apenas pude reaccionar. Mi madre, a menos de un metro de mí, sentada en su silla, dio una patada al cojineté donde descansaban sus pies, se levantó con la velocidad de un rayo y lanzó su puño derecho contra mi mandíbula. El dedal de plata que llevaba en el dedo, con la cruz de Santiago incrustada en rubíes, dio más fuerza a la embestida. Caí al suelo y supe que todo lo que se decía de mi madre —la mula terca zaragozana, la infanta aragonesa, la hembra bravía deseada en secreto por el cardenal Lorenzana, mi antiguo tutor— era cierto. Años después lo comprobaría en el escrito encontrado en un baúl donde se conservaba su ropa de cama, varios mantones y algunas de sus enaguas. Un baúl que, al menos en mi imaginación, conservaba los vestigios del aroma a almizcle, naranja, jazmín y manteca de cerdo que le hacía un droguero a la manera francesa.

Este es el texto que me sirvió para conocer de dónde venía y a dónde iba, así como los defectos, los vicios y las depravaciones de mis padres que tanto mis hermanos como yo habíamos heredado.

*No me casé con el hijo de un rey  
para que me tiraran piedras*

Por MARÍA TERESA DE VALLABRIGA

Aún me acuerdo del cuadro que pintó Goya, cuando se alojó en el palacio de Arenas de San Pedro invitado por mi marido. Con él estaba Teresa Bayeu, su esposa, con quien hice buenas migas. En el cuadro aparece mi hija María Teresa, que tenía solo cuatro años, y también María Luisa, así como mi hijo, el futuro cardenal. Yo soy la reina de la escena, estoy sentada en el centro del lienzo. Me cae sobre los hombros un espectacular peinador blanco con transparencias en los bajos, mientras mi peluquero me despeina; es casi de noche y es hora de irse a la cama. A la izquierda de este cuadro está Goya, el autor, en primer término, agachado en una postura simiesca. La perspectiva no es precisamente uno de sus fuertes en esa época. De la garganta del pintor, como si la estuviera pariendo por la boca, sale el brazo de mi hija María Teresa, la futura condesa de Chinchón, a quien me arrebataron siendo muy niña para llevársela con sus hermanos a Toledo.

Goya no sabía hacer buenos cuadros entonces. La única con la que se esmeró fue conmigo. A mi marido lo despacha con

cuatro pinceladas. Puso más interés en el dibujo de las cartas de la baraja que lleva en la mano, donde destacan los oros, que en su cara.

Sí ha clavado, en cambio, a Francisco del Campo, el único hombre al que he amado, mi secretario, mi confidente, y la única persona que consiguió que soportara la vida mísera a la que me condenó la boda con un hijo de un rey.

Yo, que desciendo de los reyes de Escocia por parte de madre, fui tratada desde el principio como una miserable plebeya. Tuve que casarme en el palacio de la duquesa de Fernandina, Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo, en Olías del Rey, el 27 de junio de 1776.

Yo tenía dieciséis años y mi marido cuarenta y ocho. ¿Por qué me eligió a mí? Carlos III, su hermano, tan narigudo como él, le presentó tres candidatas. Las otras dos eran una hija del duque del Parque, una sobrina del marqués de Campo Real, e incluso se pensó en una nieta de los duques de Alba, pero les pareció demasiado para él.

Está claro que Carlos III era ignorante por completo de mi ascendencia dinástica, si no, no hubiera accedido a la decisión de su hermano. Como la única a la que el cretino del infante conocía era a mí por haberme visto en misa en el palacio de La Granja, fue por mí por quien se decidió.

Mi tía Benita, hermana de mi madre, me anunció la propuesta, y yo acepté. No encantada, pero sí ilusionada con la idea de ser la cuñada de un rey. Su marido, mi tío, el marqués de San Leonardo, me explicó que don Luis era, en el fondo, un buen hombre, fácil de llevar y que estaba curado por completo de los chancros que había contraído. ¿Qué otra cosa podía hacer? Acedí. Fue una boda a la que no asistió ni el rey ni las altas personalidades de la nobleza. Sonó una serenata muy bonita com-

puesta por Luigi Boccherini, que acudió a la boda acompañado por su amada y madre de sus hijos, Clementina Pelliccia, una simple cantante. Ese era el nivel de los invitados... Y de la noche de bodas, celebrada en el palacio, qué puedo decir, hasta cinco veces me clavó su espadón este hombre a quien Dios se llevó tan pronto.

Ni protesté ni abrí la boca. He pasado a la historia como una arpía. Los confesores y los espías de Carlos III bien que se preocuparon de dejar muy claro en todo tipo de correspondencia que yo lo maltrataba. ¿Y qué culpa tengo? A mí físicamente no podía parecerme más horroroso mi marido, pero no le sacudía somantas de palos por ser feo.

La nariz larga, en consonancia con un miembro torcido hacia la izquierda que aún mantenía el color grisáceo de los ungüentos de mercurio utilizados para curarle su enfermedad, no despertaba mi ira, solo mi repugnancia.

Los regalos de boda que me hizo fueron magníficos. Destacaba un clavel de oro completamente guarnecido con rubíes, diamantes y esmeraldas compuesto sobre un tallo de esmeraldas que no dejaban ver el oro que las cubría. Valía una fortuna, nada más y nada menos que siete mil luses. No habían transcurrido tres meses desde la boda cuando se lo mandé a mi padre para que lo pusiera a disposición de la basílica del Pilar, en Zaragoza, mi tierra.

—¿No podías esperar a que me hubiera muerto para mandar tu regalo de pedida a la Virgen? —dijo mi marido cuando se enteró.

—Si me hubiera valido, y no resultara blasfemo, habría mandado tu cabeza reducida como la de ese negrito o jíbaro que guardas en tus gabinetes con las colecciones de botánica y zoología —respondí, airada.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? Soy hijo y nieto de rey, y jamás te he faltado al respeto —contestó.

Medité antes de contestar, las aragonesas somos mujeres de genio vivo y entre nuestros defectos no figuran la hipocresía o la ignorancia. Decidí pensar en lugar de hablar o gritar. ¿Qué es lo que me había molestado tanto? Fornicar con mi marido, a quien yo creo que su hermano había convencido de que había tenido sífilis en lugar de otra enfermedad venérea, no me había vuelto posesiva y celosa hacia su curioso cetro borbónico, pero no me gustaba sentirme humillada. Y, además, temía que me invadiese un ejército de ladillas o piojos. La rabia que sentía estalló a borbotones con mi respuesta.

—En mis propias habitaciones, y con la lavandera, allí te vi restregándote hace solo unos días, pedazo de marrano —contesté.

Y ahí empezó una costumbre que ambos entendíamos, pero no mi cuñado, ni tampoco el resto de los criados, confesores y frailes chismosos y boquiflojos que mantenían informado a Carlos III de todo lo que se cocía en nuestro palacio.

Se postró de rodillas y comenzó a llorar como un niño ansioso de amor. Tanto asco me dio ver en esa actitud a un hombre con tan pocas agallas, incapaz de hacer frente a su hermano, que estallé.

Comencé a pegarle patadas en los lomos, me agaché y le lancé con fuerza un puñetazo contra su estrecho rostro. Una sangre que no tenía nada de azul comenzó a manar de aquella nariz excepcional. Él no solo me miró con gratitud entre lágrimas, comenzó a jadear y vi como la pretina de su calzón se hinchaba. Sobreexcitado, gritaba: «No pares, sigue, sigue...». Y no paré, le dejé la cara destrozada, por completo, él se masturbó como un mono a mis pies y comenzó a aullar en el preciso instante en el que alcanzó el paroxismo.

De estas palizas se hizo eco toda la corte, donde yo no podía entrar, y estoy segura de que habrá datos sobre ellas dentro de varios siglos en alguna carta de algún embajador cotilla o cualquier nuncio papal. Aún recuerdo a mi hija sangrando por la nariz cuando me preguntó al respecto y casi le di una paliza por semejante impertinencia. Sí, pegaba a su padre, pero lo hacía porque a él le gustaba, pero no me apetecía dar explicaciones.

La más salvaje de todas las tundas se la propiné en Cadalso de los Vidrios, en uno de los muchos palacios por los que fuimos deambulando y donde nació mi hijo, Luis María. A mi marido, que estaba allí de prestado, en el palacio del marqués de Villena, no se le ocurrió otra cosa que prohibir la caza en una superficie enorme que rodeaba el pueblo. Los vecinos, enfadados, porque no tenían apenas otra cosa que comer que las perdices, los corzos y los jabalíes que corrían por sus bosques, apedrearon el palacio. Un guijarro gigantesco, que se me asemejó a una bola de nieve, rompió uno de los cristales de mi habitación, y me dio en la cabeza...

Mi frente adquirió un aspecto monstruoso. Un bulto del tamaño de medio melón se hinchó bajo la piel que, morada y abierta por una brecha, parecía una berenjena podrida. Hasta Carlos III tomó medidas cuando le escribimos para contarle lo ocurrido y hubo detenciones en el pueblo a cargo de los alguaciles.

Éramos unos parias con muchos lacayos, pero sin guardias que nos custodiaran. Se nos prohibió que se supiera que me habían herido. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una cuñada regia, una cuñada a la que trataba casi tan mal como a las putas previas de mi marido. Quizás exagero. A algunas de ellas hasta las mandó a la cárcel. Más de una vez pensé si no correría yo el mismo destino.

Con la cara ya cicatrizada unas semanas después, cuando supe que mi cuñado solo había dado orden de que una o dos personas iniciaran una investigación, y que se nos seguía prohibiendo el acceso a la corte, perdí la poca paciencia que me quedaba.

Me abalancé sobre mi marido, le bajé los pantalones, y le metí el tacón de mis chapines por el mismísimo culo. Nadie ha gozado tanto como él ni tampoco ha gritado tanto.

Yo no me había casado con un infante de España para que me apedrearan, pero el destino me había compensado con un entretenimiento exquisito. ¿Hay algo que te haga sentirte más poderosa que hacer manar la sangre de un descendiente del Rey Sol por las baldosas de cualquier palacio pueblerino de mierda, por mucho que Ventura Rodríguez lo hubiera diseñado?

Zaragoza, a 24 de abril de 1810



El escrito de mi madre tenía algunos apuntes más, una flor de lis, una rosa dibujada, también un esbozo del *bouquet* de rubíes y chispas de diamantes que mi padre había regalado a mi madre antes de casarse. Me contaron hace algún tiempo en París, en la tertulia del salón de madame Livuais, que lo había robado Murat cuando desvalijó parte del tesoro de la basílica del Pilar para regalárselo a su amante Honorine. No fue Murat, fue Lannes. Como mi interlocutor, un petimetre exiliado como yo por culpa de mi primo Fernando VII, seguía insistiendo, le di la razón. El recuerdo de ese clavel era demasiado doloroso para mí, lo asociaba al puñetazo que me dio mi madre cuando me clavó el rubí de su dedal. La herida cicatrizó, apenas tengo una leve señal, pero mi corazón sigue sangrando aún.

*Una cárcel para dos Borbonas  
segundonas, el convento  
de San Clemente de Toledo*

Por MARÍA LUISA DE BORBÓN Y VALLABRIGA

**E**l 7 de agosto de 1785, tras una larga enfermedad que no tenía nada que ver con el fornicio, fallecía mi padre. En varias cartas que su hermano no tuvo la dignidad de contestar, le pedía que velara por sus tres hijos. Yo solo tenía dos añitos cuando me llevaron en compañía de mi hermana María Teresa, que no había cumplido aún los seis al convento de San Clemente en Toledo, donde permanecí hasta mi adolescencia. Cuando pienso en aquellos días, recuerdo aún el sonido del repiqueteo de los maitines, el olor a pan recién horneado y la extraña sensación de estar en un zoológico como el que instaló mi padre en su palacio de Boadilla del Monte.

Era un aviario lleno de las más diversas especies de pájaros. En lugar de pavos reales, guacamayos o buitres leonados, solo había aguanieves y cuervos. Los cuervos eran las monjas de toca negra; los aguanieves, las de toca blanca. Yo prefería a las aguanieves. Con el tiempo aprendí la diferencia entre ellas.

Las de toca negra eran más importantes, habían pagado una dote considerable para estar en un convento en el que pro-

fesaban mujeres de la nobleza, y las de toca blanca eran las segundonas, las legas que tenían que servir a las monjas de primera. No habían sido dotadas por nadie y su función era hacer los trabajos más duros del convento: arar la huerta con el azadón, vaciar los orinales en el pozo y dar de comer a los cerdos.

Ni mi hermana ni yo íbamos a ser monjas, o eso suponíamos, y nos instalaron en la zona del convento orientada al este, donde mejor temperatura hacía. Recuerdo aquellos años entre las frías paredes del monasterio con dificultad, como cubiertas por una neblina. Y fueron muchos, muchos años los que pasé allí. Oíamos misa desde un lugar especial situado sobre el altar, construido solo para nosotras, pero, por lo demás, nos mezclábamos con otras niñas de nuestra edad pertenecientes también a la nobleza. Tuve una fase mística, y creí que acabaría profesando como monja, pero algo pasó en el convento que me duele aún al recordarlo.

Yo era muy niña y aquello me marcó durante el resto de mi vida. La culpa la tuvieron dos personas que recuerdo con sumo desagrado, una mujer y un hombre, dos adultos. Ella llevaba sayas negras y era una monja... Y de él solo recuerdo el olor de un aliento acre y sus sucias caricias en el palomar. Confundo los recuerdos, pero nunca olvidaré el olor de las cagadas de los pájaros. Con el tiempo, meforcé a olvidar los detalles para poder seguir viva, pero la herida fue muy profunda. Cada vez que veo una paloma, tengo ganas de vomitar.

Lo peor fue la sensación de abandono, el dolor de no sentirme protegida. Y también un sentimiento de amargura que devoraba mis entrañas, un hueco en el corazón que me dolía al respirar, un dolor en el alma que retrasaba mi sueño por las noches. Me sentía culpable, sucia, herida, pecadora, marchita, desesperada, rota, perdida, destrozada.... Y solo me deshice de aquel tormento muchos años más tarde, rezando con mi madre

ante la Virgen del Pilar, cuando me trasladé con ella a Zaragoza tras abandonar el convento.

No solo traspasaron los límites de mi inocencia. También hubo personas que me humillaron sin ponerme la mano encima. Y no eran ni curas ni monjas, ni albañiles. Recuerdo a una muchacha mayor que yo, que aspiraba a ser novicia, y era hija bastarda del conde de Sanchidrián, según averigüé con posterioridad. Se llamaba Constanza y se le daba bien el latín y se burlaba de mí, pero sus bromas y chanzas llegaron a ser peligrosas. Un día me clavó un alfiler en un mojicón a la hora de la merienda mientras yo había salido al jardín a perseguir un pajarillo. Cuando regresé junto al costurero, mordí el bollo con ganas hasta que sentí la dureza del hierro entre los dientes. Se me quedó la bolita roja bloqueada entre los dos paletos, con el alfiler hacia fuera. Ni siquiera tenía fuerzas para gritar. De haber estado Isidra, mi aya, a nuestro cargo aún, la Sanchidriana no se hubiera atrevido a tomarse esas libertades conmigo. Pero enfermó de tuberculosis y fue sustituida en 1790 por Alfonsa Herrera, una educanda del convento a la que no le pagaban absolutamente nada, al contrario que a Isidra, que cobraba quinientos ducados anuales. Alfonsa no velaba por mí. Muy al contrario. Noté un brillo salvaje de alegría en sus ojos cuando me vio con el alfiler en la boca. Es más, comenzó a reír mientras rebuscó en el costurero unas tijeritas con las que alargó innecesariamente el proceso de quitarme el condenado alfiler de la boca.

Constanza, aquel demonio que me hizo la vida imposible en el convento, palmoteaba mientras yo lloraba y moqueaba. A partir de entonces, me quedé con un mote, la Puercoespina.

Nunca se nos dio demasiado bien estudiar, ni a mí ni a mi hermana. No tengo faltas de ortografía, sé coser, pero mi padre, que era casi un erudito, no vivió lo suficiente para enseñarme todo lo que se suponía que tenía que saber alguien de mi rango.

Por no saber, ni mi hermana ni yo, arrebatadas de los brazos de mi madre nada más morir mi padre, sabíamos limpiarnos los mocos con un pañuelo. Éramos dos burdas pueblerinas a los ojos de alguna de nuestras compañeras.

Solo se acondicionaron cuatro celdas para las dos, al contrario de lo que se hacía en otros monasterios con mujeres de la nobleza. El cardenal Lorenzana había pedido instrucciones a Carlos III sobre el mobiliario y ajuar que debíamos llevar con nosotros. El rey, en una carta muy directa, dijo que lo justo y necesario dentro de los límites de lo decente y preciso. No quiso gastar un real en ampliar nuestras celdas, ni en dotarnos con algo más que los muebles que transportamos desde Arenas. A pesar de todo, las celdas se ampliaron, pero no mucho. Fueron unas obras mínimas, y las pagó el cardenal de su bolsillo.

El resultado fue que Constanza, la hija de la barragana del conde, tenía mejores vestidos que nosotras. En el convento nos acompañaban tres camareras: Estrella, que vino de Arenas con nosotras; Isidra y María Dolores, y, además, la abadesa nos puso una tutora para que cuidara de mi hermana y de mí: María Teresa Franco del Corral. Era sorda y distraída, y apenas se enteraba de nada de lo que ocurría a su alrededor. No le gustó la responsabilidad que habían depositado en ella. Por supuesto, no se enteró de lo que pasaba en el palomar.

Mi hermana o no se enteraba de nada o no quería enterarse. Y, evidentemente, no se me ocurrió contarle nada a nuestro profesor, el mismo de mi hermano, Miguel Ramón Linacero, el hombre que venía a darnos clase de arte, gramática y música a mi hermana y a mí tres veces por semana. Con el tiempo dejé de sentirme culpable por aquellos actos obscenos en los que yo había sido la víctima, pero no sé por qué no me había atrevido a pedirle ayuda.

*La petición de matrimonio  
a mi hermana María Teresa*

POR MARÍA LUISA DE BORBÓN Y VALLABRIGA

**A**llí, en aquel convento, nos criamos mi hermana y yo, abandonadas de la mano de ningún familiar que velara por nuestra seguridad. Con tal de que no me tocara nadie, me rapé yo misma el pelo con unas tijeras de esquilas. La abadesa montó en cólera.

—María Luisa... ¿te has vuelto loca? ¿O es que quieres convertirte en Juana de Arco para que te quemem viva?

—No, madre, pero los piojos no me dejan vivir —mentí—, y mi pelo no es tan bonito como el de mi hermana.

—Habrá que rezar la oración de los piojos escrita por Santa Teresa de Jesús para que te liberes de esos bichillos —respondió la abadesa, que no creía ni una palabra de lo que estaba diciendo.

¿Por qué había mutilado mis rubios cabellos? En aquellos días, sentía que no merecía creerme guapa. Me miraba en el espejo y me comparaba con mi hermana; ella me parecía pura, más limpia que yo. Su rostro inexpresivo y tristón era entonces para mí como un reflejo de su santidad interior. Yo había pecado.

A ella la peinaba María Dolores, la primera camarera, hermana de Estrella, con un mimo maravilloso. Tenía el pelo muy rizado, rojizo como el fuego. La doméstica utilizaba una pomada elaborada con manteca y esencia de jacintos para darle brillo. Además, no tenía que darle tirones con el cepillo de raíz de arroz que no deshacía los enredos. De cuando en cuando, lavaba su cabellera con una jofaina y una esponja en la que había disuelto jabón. Algunas veces experimentaba y le hacía rizos papillote para domesticar la tendencia de su raíz a ocultar su rostro. Con una tela hecha trapos en forma de cintas conseguía maravillas. Aún recuerdo sus cabellos rojizos, ensortijados y enmarañados. Mi cabello era lacio, y años después me di cuenta de que tendría que recurrir toda la vida a las tenacillas ardientes para darle algo de gracia. Mi hermana no era más guapa que yo, pero yo tenía envidia de ella. Siempre despertó más atenciones, y María Dolores, que a mí apenas me miraba, le solía decir:

—Eres nieta de un rey y algún día serás una princesa.

—¿Qué quieres decir? —contestaba Teresa mientras le frotaban las manos con una crema de benjuí que eliminaba cualquier resto de mugre.

El agua era escasa y aún no era costumbre, y menos en un convento, tomar baños, un hábito que había popularizado María Antonieta en Francia, pero que, por aquel entonces, se consideraba una solemne excentricidad y hasta un gravísimo peligro.

—Lo que oyes, he soñado que vas a casarte con un príncipe que te cubrirá de diamantes y vivirás en la corte.

Aquello me escamó profundamente. Estudiábamos gramática, el catecismo, la vida de los santos, pero sabíamos perfectamente que nuestro destino era o bien convertirnos en monjas o lanzarnos desde el tejado del convento. Mi tío, Carlos III, no había querido nunca que se hablara de nuestra existencia. Éra-

mos como unos fantasmas de los que nadie sabía nada en Madrid. Y, según me contaron después algunos cortesanos, alguien llegó a pensar que habíamos muerto.

De vez en cuando, recibíamos alguna carta de mi madre, quien me resultaba ya una completa extraña. El futuro se me asemejaba a la remota salida de una cueva con un pequeño agujerillo por el que no entraba la luz.

A medida que iba creciendo me sentía más desesperanzada. Hablé en alguna ocasión con mi hermana sobre nuestras pobres perspectivas. A ella no le molestaba la idea de llevar una vida de piedad en el convento, alejada de un mundo que desconocía por completo. Teresita tenía miedo de todo. Una lagartijilla le hacía gritar, el más mínimo ruido la sobresaltaba.

Una noche en la que dormimos juntas, intenté contarle mi triste secreto. Me cortó de plano, no quería escucharme, me dijo que rezara y ofreciera un sacrificio al señor para expiar mis culpas. Dijo que todo eran fantasías mías. Y que estaba pecando de pensamiento. Me pidió expresamente que no volviera a hablarle de ese tema. Le incomodaba. El corazón me dio un pellizco al oírle decir:

—María Luisa, no inventes.

Mi rostro enrojeció como la púrpura, el calor subió a mis mejillas y creí que me desmayaba. No hay nada tan humillante como pedir ayuda a alguien a quien quieres y sentirte rechazada. Repitió aquella frase muchas otras veces, pero ya no me hería tanto.

Yo, a pesar de todo, la quería. Ella era la mayor, pero no supo o no quiso protegerme. Su gran problema fue siempre que no sabía o no quería hablar de temas que consideraba espinosos y complicados. En aquel entonces, me consolaba pensando que, con el tiempo, Dios la castigaría por su falta de piedad hacia mí, y tendría que ahogarse en su propia mierda. Fantaseaba pensan-

do que en aquel momento le diría: «Hermana, yo te perdono», olvidaría cualquier tipo de rencor hacia ella y desatrancaría esa alma pobre y castigada.

Alguien, años después, me dijo que mi hermana había nacido con muchas menos luces que yo, pero, al principio, para mí, Teresita era una diosa a la que adoraba, e intuía que si alguna vez conseguía salir de San Clemente sería gracias a ella.

Pasaron los años, Carlos III murió, y su hijo Carlos IV, nuestro primo hermano, decidió desagraviarnos. Quiso devolvernos todos los honores que se nos habían retirado a mis hermanos y a mí. Pero había una condición, algo que ignorábamos, y que la abadesa, a quien oímos hablar en secreto con otra monja, consideraba una atrocidad. Incluso al cardenal Lorenzana, que había corrido personalmente con los gastos de todos nosotros, le repugnaba la idea.

Godoy, el Príncipe de la Paz, el hombre más guapo del reino al decir de las coplillas, la mano derecha del primo Carlos y su mujer María Luisa de Parma, iba a casarse con una de nosotras. Le daba lo mismo que fuera la mayor o que fuera la pequeña, la rubia o la pelirroja. Se nos hicieron pequeños retratos que le fueron enviados. Esta vez no vino Goya a hacérselos, sino un pintamonas toledano demasiado seguro de sí mismo.

Fue nuestra tutora quien nos hizo llamar. En cinco días los acabó, pasaba media hora con mi lánguida hermana y media hora conmigo, y el resultado fue deplorable.

Dos cuadros idénticos del tamaño de un codo. Dos criaturas insulsas de labios finos y con la nariz borbónica, especialmente la mía, rebanada como un calabacín al que quisieron convertir en rábano. Mis ojos, más grandes de natura que los de mi hermana, y mucho más expresivos, no fueron retratados en todo su esplendor. Parecían dos puñaladas asaetadas a un tomate. La

culpa la tuvo la obsesión del pintor por rebajar mi superlativa napia, herencia de mi padre.

Por el contrario, a mi hermana, cuya barbilla era mucho más triangular que la mía, le dulcificaron aquella punta de flecha convirtiéndola en una especie de melocotón con hoyitos. Los ojos oscuros que había heredado de mi madre, pero mucho más diminutos, fueron adornados con un engarce de pestañas inexistentes. Teresita cerraba los ojos para no sufrir y también para que los rayos del sol no le quemaran las pupilas.

Los cuadritos no solo los vio el famoso Godoy. Aquellos óvalos de madera enmarcados también en madera, pero cubierta con pan de oro, con la pintura aún húmeda, fueron estudiados por María Luisa de Parma, nuestra prima, que aún no se había dignado a conocernos. Los escrutó y le tocó la china a mi hermana mayor, que no llegaba todavía a los diecisiete añitos, cuatro más que yo, aunque en principio ella dijo que le daba igual una que la otra.

A mí ni siquiera me había bajado aún la regla, y, además, según supe después, algunos altos miembros del clero protestaron enérgicamente por lo que consideraban un escándalo. Ya puestos a casar a un hombre como Godoy con una jovencita, lo menos indigno era que fuera la mayor. Y es que Godoy, aparte de beneficiarse a mi prima, también tenía una mujer con la que decían que se había casado en secreto, pero eso entonces yo no lo sabía. Y mi hermana, menos.

Un día estaba Teresa sentada en el claustro, deshojando una margarita, la cabeza cubierta con una cofia blanca que dejaba escapar sus rizos que asemejaban la cola de un zorro.

—Teresita... ¿Qué te ocurre?

—Estoy preguntándole a la flor si el señor Príncipe de la Paz me quiere o no me quiere. El cardenal Lorenzana me ha di-

cho que tanto mi vida como la vuestra cambiará mucho si me caso con él.

—Será la tuya, no te hagas la mártir, que yo creo que estás deseando casarte.

—No estoy segura, hay algo que me da miedo. No sé ni siquiera lo que se espera de una mujer casada que ha pasado toda su vida en un convento. El cardenal Lorenzana me ha dicho que podremos recuperar todos los bienes de la herencia de papá, que podremos ver más a mamá, que podremos llevar como primer apellido Borbón, pero que tengo que ser yo quien decida.

—Vivirás en un palacio, tendrás criadas, podrás salir a la calle, tendrás hijos con tu marido, yo tendré sobrinos e iré a verte. Confieso, Teresa, que te tengo envidia. El cuadrito que te ha mandado Godoy demuestra que es un buen mozo.

—No niego que lo sea —respondió con viveza—, pero ni siquiera sé lo que hay que hacer para tener hijos. ¿Quién nos lo va a explicar? ¿La abadesa?

Inmediatamente pensé en la bastarda de los Sanchidrián, pero había salido ya del convento para ser casada en un matrimonio concertado por su padre. Era muy lenguaraz y desvergonzada, y seguro que ella sabría algo. Mis conocimientos se limitaban a lo que había visto en el convento, un carnero copulando con una oveja, con una especie de cintillo en espiral que se introducía por sí solo en el trasero de la hembra. Permanecían enganchados un ratito y a los cinco meses, según me habían dicho, nacía un borreguito. No consideré que tuviera que recordárselo a mi hermana, quien era tan sosa y tan insípida que no comentó en su momento absolutamente nada. Apretó los labios y miró para otro lado.

—¿Por dónde salen los niños? —me preguntó mi hermana.

—Mira que eres lerda —exclamé—, pues por el ombligo. La tripa crece y por allí tendrán que salir, porque no creo que los vayas a cagar y se empuerquen los pobrecitos.

—María Luisa, a mí me da mucha vergüenza hablar de estos temas con mi confesor, y solo sé por lo que he leído que no hay que cometer actos impuros ni siquiera con el marido —respondió mi hermana.

En aquel momento me sentí triste. La frase de los actos impuros me trajo recuerdos con sabor a hiel. Me removi6 por dentro. Igual lo que había aprendido yo a la fuerza podría servirme para afrontar mejor lo que me esperaba. Yo me podría sacrificar.

—¿En qué piensas? —me dijo mi hermana, al ver mi cara de angustia.

—En nada, en que se supone que tú eres la mayor y aquí tengo que andar explicándote por dónde vas a parir. Y en algunas cosas que me han pasado aquí que una vez tuve valor para contarte y tú no tuviste la valentía de escuchar en su totalidad.

—Da igual. Ya te he dicho una y cien veces lo mucho que me desagrada que inventes... Yo no quiero estar aquí toda la vida encerrada, me da igual si voy a tener los hijos por el ombligo o me saldrán por la boca. Me da igual también si Godoy tiene un cintillo en la bragueta o si su colita tiene forma de almirez como la del burro y la yegua que vi fornicando un día desde la ventana. Yo quiero salir de aquí, y hasta nuestro hermano me ha pedido que acepte.

—¿Y a qué viene ese gesto contrariado? Vas a ser una mujer muy dichosa.

—El Príncipe de la Paz me ha escrito una carta en la que solo puedo reconocer a un soberbio, a un déspota pagado de sí mismo que alardea de sus maravillosas cualidades y de su apos-

tura. Hasta me pregunta si me ha gustado su retrato, cuando ni siquiera ha tenido el detalle de alabar el que nos hizo el pobre Moros.

En aquel preciso instante, me di cuenta de que siempre había sentido celos de mi hermana. Siempre había querido ser la mayor. Estaba convencida de que mi madre, que nos mandaba frutas de Aragón a las dos, no me quería a mí como la quería a ella. Y la culpa la tenían aquellos dulces confitados cuya tradición en la zona de Calatayud se remontaba a cien años atrás. Teresa, para comerse ella las que le gustaban, las de melón y pera, decía que mi madre había mandado una nota en la que disponía que las de naranja, más ácidas y menos jugosas, eran para mí.

Yo creía a mi hermana y poco a poco dejé de soñar con las caricias añoradas de mi madre, luchando por imaginarla en la distancia como una mujer tan seca como la piel de las naranjas escarchadas. No esperaba mucho de su primera visita, o, mejor dicho, no quise esperar mucho para no llevarme desilusiones. Solo la dejaron venir a visitarnos cuando ya había muerto Carlos III y le sucedió su hijo —y mi primo— Carlos IV.

Vino acompañada de numerosos sirvientes, y dada la escasa disponibilidad de espacio, la mayoría de ellos se alojaron en las casas cercanas, y el resto, como topos, en los sótanos del convento.

Tenía mi madre una gracia natural fuera de lo común, y apenas algo más de treinta años. Miraba a Teresa con devoción, le daba mil y un consejos, le pedía que le cantara canciones religiosas. He de reconocer que, a pesar de los esfuerzos que había puesto en que me cayera mal, mi madre me fascinaba. Era muy bella y muy joven, tenía unos ojos grandes enmarcados por unas cejas perfectas, muy altas, que movía de forma expresiva. Su pecho era alto y su figura perfecta. Una cintura muy estrecha se

abría en dos caderas fuertes y poderosas sujetas por las largas piernas que se adivinaban bajo su vestido.

Hay que recordar que tenía apenas veinte años más que mi hermana. Yo rezaba por las noches para que se quedara en el convento y se hiciera monja. Era imposible. No la hubieran dejado. A pesar de su simulada devoción y todas las joyas que donó a la Virgen del Pilar, con el tiempo me enteré de que no tenía ningún interés por llevar la vida de una viuda casta entregada al rezo del rosario. Mi madre había venido a Toledo decidida a llevarnos al palacio de la Mosquera, a Arenas de San Pedro. Pero el alma me sangraba al darme cuenta de que me ignoraba, solo se centraba en mi hermana y especialmente en Luis María, mi hermano mayor, con quien nos reuníamos en el palacio episcopal. Un día, después de pensarlo mucho, me puse de pie, me atusé la falda e intenté dar una sorpresa a aquella mujer que olía tan bien, con una cara tan bonita que recordaba a la de la Inmaculada Concepción. «Mamá, yo no canto como Teresa, pero sé una poesía. Déjame que te la recite».

Me ignoró, siguió hablando con el Cardenalito, mi hermano, y con mi hermana, y yo me quedé allí corrida, intentando recitar una de las primeras estrofas, roja como la grana. Tendría seis añitos. Nunca le perdonaría aquel desplante a mi madre, sentí que me había acuchillado el corazón.

Isidra, nuestra aya, con quien hablé del tema, me diría que no se le podía exigir a una mujer que supiera ser madre cuando le habían arrancado a los niños siendo más pequeños. Luego me enteré de que le daba igual que se llevaran a sus hijas, pero rabió y lloró y hasta llegó a tirarse del pelo, según me contó una criada de Arenas, porque no habían dejado que un sacerdote de su confianza, que quería utilizar como espía, pudiera acompañar a Luis María, el mayor, el varón, el importante.

Nosotras le importábamos muy poco, aseguraba Isidra. Mi tío Carlos III, y esto me lo contaron algunos años más tarde, no prohibió que nos acompañara al convento para despedirse de nosotras. Y ella habría preferido quedarse en Arenas intrigando.

Yo tengo otra explicación. Mi madre, aislada en Arenas, privada de la compañía de Francisco del Campo, hermano de Marcos del Campo, cuñado de Francisco de Goya, se había dado a la bebida o había caído en una depresión. De esto me enteraría más adelante gracias a las confidencias de una criada muy mayor. Mi madre no olía a agua aromatizada con canela de Holanda, sino a vino con miel. Balbuceaba.

Ignoro por qué al hablar con mi hermana de un asunto tan importante como su matrimonio me retrotraje a aquellos recuerdos de mi niñez relacionados con la desigualdad en el trato que mi madre nos había dispensado.

¿Así que Godoy, el Príncipe de la Paz, era vano y presumido? ¿Qué podría aconsejar a mi hermanita? Ella no era tan bella como mamá, quien, según nos había llegado, enamoró a nuestro padre como a un tórtolo de los que guardaba en Boadilla en la enorme pajarera que había mandado construir. Y por otra parte... ¿qué futuro le esperaba en el convento? ¿Hacerse monja? Por lo que me dio a entender, una boda significaría mucho para todas nosotras. A nuestra madre le habían mantenido el título de condesa de Chinchón, pero nosotras no éramos nada, absolutamente nada. Según le había insinuado mi hermano Luis María y el propio Lorenzana, nuestra suerte iba a cambiar. Por fin recuperaríamos las riquezas que había dejado mi padre abandonadas en el palacio de Boadilla, de donde lo echó su hermano Carlos.

Mi hermana iba a atarse en matrimonio, pero yo iba a ser feliz. No tenía motivo para sentirme culpable.

También era a ella a quien Lorenzana prestaba siempre más atención cuando visitábamos el palacio donde residía mi hermano, que era casi como un hijo para el cardenal. Yo sabía que Luis María estaba destinado a algo más que ser un cura, por lo menos sería obispo, cardenal o papa o santo.

Tengo que hablar algo de mi hermanito Luis María, conocido como el Borbón liberal. Aquel niño que luego se convertiría en un hombre hecho y derecho, que llegó a enfrentarse a Fernando VII, nunca despertó envidia alguna en mí. Y eso que era mucho más afortunado que nosotras. Desde pequeño vistió como un príncipe. Solo de cuando en cuando salíamos del tedio del convento para acudir al palacio episcopal para estar con él y ver cómo usaba el tirachinas para matar pajaritos en la huerta y hasta algún gato. Y es que hasta en eso se notaba que había salido tan Borbón como su padre y su abuelo.

Luis María había sido destinado desde pequeño a ocupar un cargo eclesiástico. El cardenal Lorenzana lo trataba como a un hijo. Y, en ocasiones, organizaba chocolatadas en el jardín, a las que asistíamos María Teresa y yo. Jugábamos al truco, a la gallinita ciega, e incluso nos subíamos a los árboles. Mi hermano, separado de nosotros en la niñez, nos quería con locura, y aceptaba con orgullo los designios que Lorenzana tenía pensados para él. Desde muy pequeño jugaba a que era cura, y nosotras hacíamos de fieles devotas sentadas en unas pequeñas sillitas parideras de madera, troqueladas con corazones.

Mientras hablaba con mi hermana me acordé de las sillitas. ¿Los casaría a Godoy y a Teresa mi hermano? ¿Las sillas donde se sentarían los invitados serían como aquellas? ¿Nos iríamos a Arenas, o al palacio de Boadilla del Monte, que ni siquiera conocíamos, para celebrar la boda? ¿Comeríamos pastelillos de jamón, mi plato favorito, como los que hacían en el palacio de Lorenzana?